



Simone Peterzano



Ingres



Abraham Bloemaert



Thomas Rowlandson



ANGELIQUE ET MEDOR.

Agostino Carracci

ANGELICA Y MEDORO

Sobre la higuera danzaban las estrellas venidas en surcos por el cielo y sus puntas de alas besaban la espuma de las aguas. Ved aquí los amantes elaborando con palabras de amor esa simpatía que se expresa en general más inequívocamente por las preposiciones a ó por. La pasión sexual aletea resoplando como dioses marinos a través de ese roce de labios en álcali volátil, especie de goma resinosa que se pegaba a los rosados guijarros entre inmensas olas amantes rodeadas de cadillos, la bardana menor, el fostón, el Amor al uso y el Amor de hortelano, el amorejo, el lampazo.

Angélica, la amada, es como esa lección que canta la Iglesia Romana para la bendición del cirio el sábado Santo. Medoro, el amante, sobre el espejo movable del agua, de cuerpo entero, era para Angélica un ente mitológico por el cual y a través del cual evidentemente ella quiere diseminar su alma.

Cariñosos y amables, angelicalmente, con inocencia y candor, haciendo líquida una consonante por su unión con la que le precede, espejean, relucen y despiden resplandores como lo hace el mar; se mojan y se pegan a sus cuerpos, tendiendo a ensancharse y derramarse, no teniendo forma propia y adaptándose a las de los cuerpos que les contienen. Su abrazo se hace poema celestial, ellos dos como unos jóvenes con alas y también como mariposas, pero hombre y mujer sobre todo, para todos y para ellos solos, cuando el amor va lentamente rumbo al faro y, al huidizo paso de los místicos, resuena el diálogo luciente de los dos al amor de la corriente, y se crece el vástago de la pita.

De la parte al abrigo del viento se les oye murmurar:

-Angélica: Obras son amores y no buenas razones, Medoro.

-Medoro: Angélica, ya sabes, amor de niña, agua en cestilla. Que amor con amor se paga.

- Angélica: Amor de asno, coz y bocado. Amor loco, yo por vos ¿y vos por otra?**

Amorgados, como el pez que se adormece comiendo morgan, alpechín, coca de Levante, lamidos por esas aguas cual aguaza que sueltan las aceitunas amontonadas antes de la molienda, los amantes, tumbados cuan largos son sobre su propia imagen se hunden hasta una cierta profundidad del alma calando mucho de proa y embestidos directamente a la playa para quedar bien varados, mientras los moluscos que horadan las piedras se esconden en los agujeros que hacen.

-Daniel de Cullá